

La identidad como patchwork

Miquel Rodrigo Alsina

(Universidad Pompeu Fabra, Barcelona)

LA IDENTIDAD COMO PATCHWORK¹ IDENTITY AS PATCHWORK

Miquel Rodrigo Alsina
(Universidad Pompeu Fabra, Barcelona)

I/C - Revista Científica de
Información y Comunicación
2009, 6, pp285-305

<http://dx.doi.org/IC.2009.01.13>

Resumen

En este texto se puntualiza, en primer lugar, en la importancia de las metáforas en la construcción de la realidad. A continuación, se propone la metáfora de la identidad como *patchwork* para entender cómo se construye la identidad. Finalmente, se recoge la metáfora de la identidad como *password* para comprender las dinámicas identitarias.

Abstract

This text points out, firstly, the importance of metaphors in the construction of reality. Then, it suggests the metaphor of identity as a patchwork to understand how to build an identity. Finally, it takes the metaphor of identity as a password in order to understand the dynamics of identity.

Palabras Clave

Metáfora / Identidades / Patchwork / Password.

Keywords

Metaphor / Identities / Patchwork / Password.

Sumario

1. Introducción.
2. El valor heurístico y hermenéutico de las metáforas.
3. Confeccionando el *patchwork*.
4. Cuando el *patchwork* se convierte en *password*.
5. Conclusiones.

Summary

1. Introduction.
2. Heuristic and hermeneutic value of metaphors.
3. Making the patchwork.
4. When patchwork becomes password.
5. Conclusions.

¹ Desearía agradecer los comentarios y críticas, a una primera versión de este texto, de los estudiantes del curso de Doctorado "Comunicación Intercultural" que impartí, durante el año académico 2006/2007, en la Universidad Pompeu Fabra.

1. Introducción.

La misión de esta enseñanza es transmitir, no el saber puro, sino una cultura que permita comprender nuestra condición y ayudarnos a vivir; al mismo tiempo ha de favorecer un modo de pensar abierto y libre (Morin, 2004, p.11).

El objetivo de este artículo es proponer una metáfora para dar sentido a uno de los fenómenos más importantes y complejos con los que se enfrentan las ciencias de la comunicación. En primer lugar, justificaré la utilización de metáforas para iluminar fenómenos humanos complejos. En segundo lugar, propondré entender la identidad como un *patchwork* y mostraré la utilidad de esta propuesta. Por último, como la identidad no es simplemente algo que se tiene sino que, partir de la interacción social, es un proceso que negociamos con los demás, propondré una segunda metáfora: la identidad como *password*.

Si se me permite la paráfrasis podríamos decir que un fantasma recorre el mundo, es el fantasma de la identidad. El carácter fantasmal de la identidad viene dado por las dificultades de su aprehensión y por la aprensión que provoca su discusión. En palabras de Bauman (2005, p.165): “La identidad, digámoslo claramente, es un ‘concepto calurosamente contestado’. Donde quiera que usted oiga dicha palabra. Puede estar seguro de que hay una batalla en marcha. El hogar natural de la identidad es un campo de batalla”.

Sin embargo, la identidad toca un tema central en la vida de las personas y de las comunidades. Es un intento de responder a ¿quién soy? y ¿quiénes somos? Las respuestas han sido múltiples y ninguna de ellas es inocente. Cada una de las respuestas va a tener sus consecuencias personales, políticas y sociales.

Las identidades individuales y colectivas están en pleno vórtice. Las reivindicaciones identitarias colectivas surgen por doquier, mientras las incertidumbres identitarias individuales nos sumen en la confusión. Se abre un tiempo de reflexión y de autorreflexión. Pero, quizás, para pensarnos de nuevo sean necesarias nuevas ideas, aproximaciones distintas a nuestras realidades. Este artículo tiene esta pretensión: aportar alguna idea para repensar las identidades.

El tema de la identidad se puede abordar desde múltiples puntos de vista. De hecho la identidad se ha convertido en un objeto de estudio transdisciplinar en las ciencias sociales y humanas. Por mi parte me voy a permitir hacer una aproximación metafórica. Como apunta Fitzgerald (1993, p. 220-221) en la sociedad de la información en la que vivimos las metáforas que utilizamos se vuelven rápidamente obsoletas, lo que nos obliga a una búsqueda permanente de un nuevo vocabulario de la

identidad. Sin embargo, antes de nada, hay que plantearse qué implica utilizar las metáforas, como instrumentos de comprensión de la realidad, en el ámbito de las ciencias de la comunicación.

2. El valor heurístico y hermenéutico de las metáforas.

Los sabios se apoderan de todo lo que encuentran, aun en los lugares menos probables (Vidal, 2005, p.90).

En primer lugar, debemos constatar que, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito de las ciencias, el uso de metáforas es mucho más frecuente de lo que se piensa. Lakoff y Johnson (1991, p.40) van más lejos cuando señalan que “sobre la base de la evidencia lingüística ante todo, hemos descubierto que la mayor parte de nuestro sistema conceptual ordinario es de naturaleza metafórica. Y hemos encontrado una forma de empezar a identificar detalladamente qué son exactamente las metáforas que estructuran la manera en que percibimos, pensamos y actuamos”. Por mi parte, lo que quisiera constatar es la importancia de las metáforas en la comunicación de ideas. Muchas de las clásicas teorías de la comunicación han usado metáforas para dar nombre a la teoría. Veamos algunos ejemplos: “Teoría de los *dos escalones* de la comunicación”, “Teoría de la *espiral* del silencio”, por no hablar de la “Teoría de la *aguja hipodérmica*” o la “Teoría de la *bala mágica*”.

Otro ejemplo interesante es el de la cibernética que pretendía reproducir el funcionamiento del cerebro humano y que ha producido, sin embargo, una gran cantidad de metáforas sobre el cerebro humano. La imitación se ha convertido, de esta forma, en el espejo de lo imitado. La imitación provee de sentido a lo imitado. Así, por ejemplo, Hofstede (1999, p.32-36) define la cultura como el *software* mental o Fitzgerald (1993, p.30) diferencia el cerebro como el *hardware* y la mente como el *software*.

Las metáforas son mucho más que un juego semiótico o un entretenimiento a veces sutil e inteligente. Para mí, el principal valor de la metáfora es su función heurística y hermenéutica. Para Lakoff y Johnson (1991, p.236) “la metáfora es uno de nuestros instrumentos más importantes para tratar de entender parcialmente lo que no se puede entender en su totalidad”. Nos encontramos ante una de las formas más útiles para intentar explicar fenómenos complejos. Cuando un fenómeno es tan complejo que se nos escapa, la forma de entenderlo y comunicarlo es buscar una metáfora que lo haga comprensible. Cada vez que utilizamos una metáfora, en el fondo, estamos reconociendo la dificultad de abordar directamente aquel fenómeno. “*La esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra*” (Lakoff y Johnson, 1991, p. 40) (en cursiva en el original).

Hablar del ser humano premoderno, moderno o posmoderno es realmente difícil. ¿Qué es el hombre premoderno o moderno, o el ser

humano posmoderno?² Las metáforas nos pueden ayudar a aproximarnos a la mentalidad imperante en estos períodos históricos. El hombre premoderno era un guardabosque, mientras que el hombre moderno se convierte en un jardinero. Estas metáforas no son baladíes. Como señalan Lakoff y Johnson (1991, p.198): “Las metáforas pueden crear realidades, especialmente realidades sociales. Una metáfora puede así convertirse en guía para la acción futura”. Creo que la cita de Bauman (1998, p.75) es suficientemente esclarecedora al respecto: “los que estaban al mando de las sociedades premodernas podían adoptar la actitud confiada y calmada de los guardabosques: la sociedad, abandonada a sus propios medios, se reproducía año tras año, generación tras generación, sin apenas ningún cambio perceptible. Pero no sus sucesores modernos. Aquí ya no se podía dar nada por sentado. No crecería nada a menos que se hubiera plantado y si crecía algo de forma independiente debía ser algo malo y, por tanto, peligroso, que confundía o comprometía el plan total”.

Como apunta Toulmin (2001, p.152-153) los tres sueños de los racionalistas modernos son: “Los sueños de un método racional, una ciencia unificada y una lengua exacta se unen en un único proyecto. Todos se proponen ‘purificar’ las operaciones de la razón humana descontextualizándolos; es decir, divorciándolos de situaciones históricas y culturales concretas”. La modernidad concibe “la sociedad como un objeto a administrar, como una colección de distintos ‘problemas’ a resolver, como una ‘naturaleza’ que hay que ‘controlar’, ‘dominar’, ‘mejorar’ o ‘remodelar’, como legítimo objeto de la ‘ingeniería social’ y, en general, como jardín que hay que diseñar y conservar a la fuerza en la que fue diseñado...” (Bauman, 1998, p. 23).

En esta línea de pensamiento, como señala Bauman (1998), el holocausto está en la lógica del “jardinero” moderno. ¿Y el ser humano posmoderno, qué será? Quizás lo que se está produciendo es el paso del jardinero, que modifica su entorno sin una visión holística, a la persona (mujer u hombre) ecologista o medio ambientalista (Vázquez Medel, 1999), que sabe que todo está interconectado y que al intervenir sobre la sociedad es consciente que hay que ser muy respetuoso con el contexto para minimizar el efecto mariposa. Así la consigna de nuestra época es el cambio sostenible, la sostenibilidad. Sin embargo, no es ésta la metáfora que deseo explorar.

Como mínimo creo que se me aceptará, después de estos ejemplos, que las metáforas crean representaciones, formas de mirar la realidad, y estas representaciones favorecerán determinados modos de actuación.

² En las dos primeras etapas hablo del “hombre” ya que éste era el modelo androcéntrico dominante.

El objetivo de este texto es modificar la percepción esencialista de la identidad, conseguir que se observen las identidades de otra manera. Esto me parece importante porque las metáforas pueden estructurar nuestros pensamientos y programar determinados cursos de acción, aunque no quisiera caer en un relativismo lingüístico radical (Rodrigo, 1999, p. 107-113). Empero, en cada momento histórico, por exigencias extralingüísticas, se activan determinadas metáforas y pienso que los tiempos que corren nos exigen nuevas metáforas que coadyuven a la mirada intercultural y a las mezclas culturales.

Volviendo a la importancia de las metáforas hay que recordar que “la función primaria de la metáfora es proporcionar una comprensión parcial de un tipo de experiencia en términos de otro tipo de experiencia. Esto puede implicar semejanzas aisladas preexistentes, o la creación de semejanzas nuevas, y mucho más” (Lakoff y Johnson, 1991, p. 195-196). Las metáforas nos permiten visualizar realidades abstractas y complejas, que de otro modo serían difíciles de aprehender. Además nos ayudan a descubrir características y relaciones de esta realidad. Las metáforas potencian una aproximación imaginativa a la realidad y ayudan a afirmar nuestra interpretación.

La identidad es una realidad que nos es tan próxima, tan pegada a nuestra piel, que no tenemos la distancia suficiente para analizarla con cuidado. Además, como sabemos, las identidades provocan impulsos emocionales que no siempre nos permiten una discusión serena sobre las mismas. Pero, precisamente, las metáforas pueden evocar emociones que expliquen otras emociones y así tomar algo de distancia de una realidad identitaria que nos reta. Como afirman Lakoff y Johnson (1991, p.235-236), a partir de su aproximación experimentalista, “la razón de que nos hayamos centrado tanto en la metáfora es que une la razón y la imaginación. La razón supone categorización, implicación, inferencia. La imaginación, en uno de sus muchos aspectos, supone ver un tipo de cosas en términos de otro- lo que hemos denominado pensamiento metafórico. La metáfora es, así, racionalmente imaginativa”. Es decir no se trata de hacer volar la imaginación sin más ni más, sino conjugar razón e imaginación en un difícil equilibrio en que ambas se potencien y no se anulen.

Este me parece el principal valor de la metáfora, su potencial heurístico y hermenéutico. La metáfora es la realidad hecha palabra, pero consciente de su realidad simbólica e imprecisa. La construcción identitaria no siempre es fácil de percibir, mientras que una metáfora puede hacerla más fácilmente visualizable. Así, mediante las metáforas, podremos conseguir destacar ciertos aspectos de nuestras experiencias identitarias, que quizás nos pasaron desapercibidas y descubrir nuevas interrelaciones del fenómeno identitario que nos permanecían ocultas.

Debe quedar claro que la metáfora es un modo de ver la realidad, no es la realidad en sí misma. Los aparatos ópticos con los que contemplamos

la realidad y que nos descubren aspectos desconocidos no son más que instrumentos de aproximación al fenómeno analizado. Como apunta Fitzgerald (1993, p. 213) el problema es la reificación de las metáforas, lo que puede ser objeto de confusión es pretender que la metáfora suplante la realidad. Uno de los mayores peligros de la utilización de metáforas es que no se sea consciente de su naturaleza metafórica. En ocasiones, algunos conceptos son presentados sin el reconocimiento de que son básicamente metafóricos. Mi forma de soslayar este peligro es utilizar, para las dos metáforas identitarias que propongo, palabras inglesas. Mediante la utilización de otro idioma la marca metafórica se me antoja indeleble.

Una de las debilidades de las metáforas es que implican también, a pesar de su aparente visión global del fenómeno metaforizado, una simplificación. Por muy brillante que sea una metáfora siempre dará cuenta de algunos aspectos parciales del fenómeno. Por ello hay que tomar de las metáforas aquello que nos pueden dar, y no más. En las metáforas propuestas, inevitablemente, habrá características del fenómeno identitario que no tendrán cabida. Además no se trata de forzar las metáforas, si no simplemente tomarlas *in suo ordine*.

Una última cuestión, relacionada con estas aclaraciones, es la de hasta qué punto una metáfora es verdadera. Como afirman Lakoff y Johnson (1991, p. 200): “Aunque las cuestiones de la verdad surgen para metáforas nuevas, las cuestiones más importantes son las de la acción apropiada. En la mayoría de los casos lo que importa no es la verdad o falsedad de la metáfora, sino las percepciones e inferencias que se siguen de ella, y las acciones que sanciona”. No se trata pues si la metáfora es verdad, si no si una metáfora ha sido conseguida y es útil para iluminar aspectos de fenómenos que habitualmente permanecen ocultos. Lo importante de una metáfora es su fuerza performativa. Espero que las metáforas propuestas se consideren iluminadoras, en cualquier caso esta valoración se la dejo al lector al finalizar la lectura del texto. También he de decir que no puedo reclamar la paternidad de la idea de la identidad como *patchwork*. Una breve ojeada por Internet es suficiente para constatar que llegué tarde. Por ejemplo, Kraus (2000) se plantea cómo en la construcción identitaria un individuo es capaz de dar coherencia a fragmentos de su experiencia que recogen situaciones incongruentes entre sí. Así esté autor habla de la identidad-*patchwork*. A mí no me gusta este concepto porque podría dar a entender que hay una identidad-*patchwork*, que es un tipo de identidad, frente a una posible identidad-no *patchwork*. No es esta la postura de Kraus (2000), aunque sí de otros textos, que analizan la identidad desde una perspectiva católica. Así Schalück (2000) considera que la “*patchwork-identidad*” es una identidad deslavazada, carente de grandes ideales y basada en el pragmatismo y el consumismo.

Lo que Berger y Lukmann (1997) predicaban de la modernidad, con la posmodernidad parece haber aumentado. Desde algunos sectores se apunta

una “nueva” identidad-*patchwork* fruto de posmodernidad y la globalización. Sin embargo, en realidad, en mi opinión la identidad siempre ha sido un *patchwork*, en el sentido de Kraus (2000), una identidad en permanente construcción. Por el contrario, hay una idea desvalorizadora de la identidad-*patchwork*, que la muestra como una identidad hecha de retazos, con valores móviles e inconsustanciales, que propicia el relativismo (valorado negativamente), aleatoria, imprevisible, constantemente recompuesta, y hasta cierto punto caótica. También se apunta que esta identidad en recomposición constante implica una descomposición identitaria. En mi opinión estamos ante el viejo discurso esencialista, excluyente, dogmático, uniformizador y antimestizo, sobre la identidad, en el que no voy a entrar (Rodrigo, 2003a). A pesar de lo dicho creo que la idea del *patchwork* es una metáfora que está todavía por explotar y que puede dar mucho juego.

3. Confeccionando el *patchwork*.

«Las palabras son como una frazada
a veces nos da calor,
a veces nos ahoga.
A veces nos tapa,
a veces nos deja desnudos.
No son nada y lo son todo.
No tienen cara ni perfil,
son una malla de entornos nebulosos
pero nos dan el nombre de cada cosa.
Son serviciales
y a veces matan, o dan vida, o paralizan.
Las palabras me dan miedo
y nunca se muy bien cómo cogerlas,
qué hacer con ellas,
dónde meterlas.»
(Garés, 1977, p. 33)
[Traducción de Anna Estrada].

Toda forma de ver es una forma de ocultar; por esto no pretendo hacer una aproximación panóptica a la identidad, sino simplemente intentar defender una metáfora que tenga la suficiente fuerza heurística y hermenéutica para desvelar algunos de los aspectos del complejo fenómeno de las identidades.

En otros textos ya he propugnado la necesidad de pluralizar la identidad (Rodrigo, 1999, p. 51-57), sin embargo debo reconocer que nos cuesta pensar en nuestra identidad (tanto individual como colectiva) como identidades. En nosotros prima un sentimiento de unicidad, de coherencia, de

congruencia, y la pluralidad evoca la escisión de nuestra personalidad o la pérdida de cohesión de nuestro grupo. Por ello voy a hablar de identidad, en singular, a pesar de que estoy convencido de su carácter plural, dinámico y cambiante. De todas formas, la metáfora propuesta se va a encargar de mostrar esta pluralidad y dinamismo.

En primer lugar, debemos explicar que es un *patchwork*. La traducción del término podría ser, “edredón”, “frazada”, “colcha” o “cobertor” pero perdería una de las características de este tipo de colchas que es el estar hechas a partir de pedazos. Si nos fijáramos en esta característica, que me parece esencial, también podría traducirla, de forma menos literal, por “mosaico”. Pero con esta segunda traducción se pierde la textura de la identidad que me parece también esencial. La idea de mosaico nos remite a los fragmentos yuxtapuestos, pegados uno al lado del otro, pero no entrando uno en el otro. Tampoco me sirve la palabra “collage” porque se parecería al mosaico, con el agravante que el material tiene la fragilidad del papel. Creo que cualquier traducción, o la utilización de otro término, haría perder fuerza a la metáfora, por ello prefiero mantener la palabra inglesa.

Si buscamos en un diccionario inglés podemos encontrar que esta palabra tiene dos acepciones. Para el *Collins Dictionary of the English Language* (1986): “1. Trabajo de costura realizado cosiendo juntas piezas de diferentes materiales. 2. Algo, como una teoría, confeccionado a partir de distintos retazos: *Un patchwork de ideas copiadas, plagadas*”³. Como puede apreciarse la segunda acepción es de alto riesgo para un artículo académico.

Para otro diccionario, el *Collins Cobuild English Language Dictionary* (1992), «1. El patchwork es un trabajo de costura realizado cosiendo juntos materiales de diferentes colores y formas (...) 2. Si se describe algo como un patchwork significa que está hecho a partir de distintos fragmentos o piezas...»⁴.

Por su parte el *Diccionario del español actual*, de Seco, Andrés y Ramos (1999), recoge la voz “patchwork”⁵ también con una doble acepción: «(a) Tejido hecho de retazos de otros (...) b) Cosa resultante de una mezcla de elementos heterogéneos».

3 Reproduzco el texto en inglés porque ya se sabe, traduttore, traditore, que en las traducciones siempre hay matices que se escapan “1. needlework done by sewing pieces of different materials together. 2. something, such as a theory, made up of various parts: a patchwork of cribbed ideas.”

4 «1. Patchwork is needlework that is done by sewing together pieces of material which are of different colours and shapes (...) 2. If you describe something as a patchwork, you mean that it is made up of different parts or pieces...».

5 A partir de aquí me permito seguir utilizando esta palabra sin cursivas.

Lo primero que podríamos decir es que el patchwork como la identidad es algo construido. Como apunta Castells (1998, p.29) «Es fácil estar de acuerdo sobre el hecho de que, desde una perspectiva sociológica, todas las identidades son construidas...»). Si desde la sociología, y también la psicología, se acepta el carácter construido de las identidades, la historia reafirma, así mismo este carácter de las identidades colectivas. Como afirma Fontana (2005, p.23) «...cualquier comunidad tiene tantas historias posibles como proyectos de futuro alimenten sus miembros. Y no tiene nada de extraño, en consecuencia, que cuando un colectivo no se siente reflejado por el tipo de historia que se le quiere imponer, reaccione planteándose su alternativa» (la traducción es mía). La identidad colectiva también es una construcción, con la diferencia que, en muchas ocasiones, no son todos los protagonistas, por igual, los que la escriben. Por último, desde la comunicación también se sustenta esta visión constructiva: «...las identidades son *construcciones discursivas* (es decir, maneras de ‘hablar’ formadas en el discurso o reguladas); de hecho, no puede haber identidad, experiencia o práctica social que no esté construida discursivamente, habida cuenta de que no podemos sustraernos al lenguaje. Es decir, que las identidades son construcciones del lenguaje y no cosas eternas y fijas. Esta idea de que las identidades son construcciones discursivas se sustenta en una concepción del lenguaje según la cual no hay esencias a las que se refiere el lenguaje y, por tanto, no hay tampoco identidades esenciales» (Barker, 2003, p. 53).

Además, creo que la construcción de las identidades tiene más de proceso artesanal que industrial, en el sentido que requiere su tiempo y que en cada caso cada identidad será un obra personal y, aunque semejante a otras, con sus propias singularidades. Es decir que pienso con Maalouf (1999, p. 32) que tenemos una identidad compuesta que es “compleja, única, irremplazable, imposible de confundirse con ninguna otra”. Todos tenemos un patchwork, pero ninguno es exactamente igual. Se trataría de patchworks que reproducirían, en sus fragmentos, nuestra la historia personal.

¿Cómo se ha construido, y se sigue construyendo, nuestra identidad? Nos encontramos ante un proceso histórico, social e individual, en definitiva biográfico. El proceso continuo de socialización es un factor determinante en la construcción identitaria. Ésta se va con-formando gracias a los materiales significantes que el/los contexto/s cultural/es pone/n a nuestro alcance y que experimentamos de forma singular. Es decir que la construcción de la identidad está enraizada en la socialización de determinada sociedad, pero su conformación individual está sujeta a los avatares personales (Rodrigo, 2003a). Cada uno de nosotros va confeccionado su identidad a partir de los retazos que tiene a su alcance. Creo que en este punto la Teoría del Emplazamiento podría hacer aportaciones muy productivas: «El emplazamiento es una respuesta a la necesidad adaptativa en relación con el entorno, y a nuestra plasticidad en el mundo. Pero la Teoría del Emplazamiento no es mecanicista ni determinista. Aun cuando nuestro estar-

en-el-mundo quede frecuentemente condicionado por un conjunto de circunstancias emplazantes, reconocemos la posibilidad de actuar –aunque sea desde el propio sistema contra el que decidimos rebelarnos- desde el reducto último de nuestra responsabilidad» (Vázquez Medel, 2003, p. 2).

Cada uno debe ser responsable de coser su patchwork. Téngase en cuenta que al coser la colcha, los fragmentos deben encajar muy bien, si no se deben deshacer y volver a coser. Los fragmentos dispares de nuestras experiencias de vida deben integrarse de forma coherente (Kraus, 2000) a pesar la heterogeneidad. A veces pueden parecer disonantes, contradictorios, pero como en un patchwork los pedazos se han ido tejiendo poco a poco, relacionándose unos con otros. Es posible que en algunos retazos las costuras estén reforzadas, mientras que en otros apenas estén hilvanados. Un cambio identitario siempre es posible. Así se dan líneas de fuga, agenciamientos, etc. (Silva Echeto, 2003), pero también hay que tener en cuenta la fuerza de las costuras.

Recordemos otra de las características de las colchas patchwork. Los fragmentos con los que se confecciona la colcha son muy caros, son telas de alta calidad. Los fragmentos de vida con los que conformamos nuestra identidad nos son muy caros (queridos), y en ocasiones nos han salido muy caros (gravosos). Nadie parece dudar de la importancia de la identidad, tenga ésta las características (más individualistas o más comunitaristas) que tenga. Por esto hay la tendencia a proteger nuestra identidad. Recordemos que el reverso de la colcha patchwork está acolchado, se protege con otra tela que se cose en el reverso. Pero este reverso no es el patchwork, es un sistema de protección de la colcha. Creo que lo que pretenden algunas posturas esencialistas identitarias es dar la vuelta al patchwork de forma que sólo se vea la parte acolchada, lisa, blanca, uniforme e idéntica en todos, porque el anverso de la identidad nos muestra los remiendos, que esta postura considera inaceptables. En el fondo, nos muestran el forro de nuestra identidad y así se pretende ocultar la diferencia de cada una de las identidades.

La cultura provee modelos identitarios, pero quizás habría que decir que no se trata de una sola cultura sino que, aunque puede haber una cultura hegemónica, hay que tener en cuenta que tanto a nivel internacional como a nivel local hay culturas hegemónicas y no hegemónicas que también están al abasto de las personas. Por ello hay que puntualizar que la identidad cultural de las personas desborda frecuentemente el marco de referencia que se le supone a una sola cultura. Como afirma Bauman (2005, p. 35): “Pocos de nosotros (en el caso de que haya alguien) estamos expuestos a una sola ‘comunidad de ideas y principios’...»). Sin embargo, la construcción identitaria nacional sigue teniendo una gran fuerza, aunque no siempre ha sido así. Bauman (2005, p. 43 y ss.) nos recuerda que a mediados del siglo XX se hizo un padrón en Polonia al que tuvieron que añadir la categoría de “los lugareños”, ya que muchos no se sentían con una identidad nacional, sino del

lugar próximo donde habían nacido, frecuentemente identificado con un deíctico: “somos de aquí”. Aunque, poco a poco, la identidad nacional se fue imponiendo: “Hubo que esperar a la lenta desintegración y a la merma del poder de control de las vecindades, además de a la revolución de los transportes, para despejar el terreno y que naciera la identidad como un problema y, ante todo, como una tarea” (Bauman, 2005, p. 46) (en cursivas en el original). Conviene seguir recordando, en relación a la construcción identitaria en el Estado-nación, que “la identidad nacida como ficción requirió de mucha coerción y convencimiento para fortalecerse y cuajar en una realidad (más concretamente: en la única realidad imaginable), y estos dos factores sobrevolaron la historia del nacimiento y de la maduración del Estado moderno” (Bauman, 2005, p. 49). Además, y quizás ésta fue su mayor carga, como afirma Bauman (2005, p. 53): “La identidad nacional, déjeme añadir, nunca fue como otras identidades. Al contrario de otras identidades que jamás exigieron lealtad sin ambages y fidelidad exclusiva, la identidad nacional no reconoce la competencia, ni mucho menos una oposición. La identidad nacional concienzudamente construida por el Estado y sus organismos (...) tiene por objetivo el derecho de monopolio para trazar el límite entre el nosotros y el ellos” (en cursiva en el original).

En la actualidad, frente al programa de uniformización nacional del siglo XVII “*un roi, une loi, une foi*” (“un rey, una ley, una fe”) (Toulmin, 2001, p. 86), en el siglo XXI, en las sociedades cada vez más interculturales y frecuentemente multiculturales, hay que aceptar que la identidad puede implicar pertenencias múltiples, lealtades diversas y fidelidades plurales.

Como afirma García Canclini (2004, p. 161): «Las identidades de los sujetos se forman ahora en procesos interétnicos e internacionales, entre flujos producidos por las tecnologías y las corporaciones multinacionales; intercambios financieros globalizados, repertorios de imágenes e información creados para ser distribuidos a todo el planeta por las industrias culturales. Hoy imaginamos lo que significa ser sujetos no solo desde la cultura en que nacimos, sino desde una enorme variedad de repertorios simbólicos y modelos de comportamiento. Podemos cruzarlos y combinarlos.». En este mismo sentido, Bauman (2005, p. 68) afirma que, en la modernidad líquida “se ha dado plena libertad a las identidades y ahora son los hombres y mujeres concretos quienes tienen que cazarlas al vuelo, usando sus propios medios e inteligencia”. Pero tampoco hay que entender que en el mercado globalizado de las identidades la construcción del patchwork pierde su carácter artesanal. Es bien cierto que las industrias culturales nos aportan muchos y nuevos modelos identitarios. A diferencia de tiempos pasados, el individuo de la sociedad posmoderna no posee, de forma insoslayable, una etiqueta identitaria. Como afirma Bauman (2005, p. 32): “Uno se concienta de que la ‘pertenencia’ o la ‘identidad’ no están talladas en la roca, de que no están protegidas con garantía de por vida, de que son eminentemente negociables y revocables”. A lo largo de su vida, y con mayor o menor nivel

de libertad, cada uno será el artista-artífice de sí mismo, recogiendo, adaptando, conociendo e incorporando modelos, facetas, posibilidades que la sociedad globalizada o glocalizada en la que vive le ofrece. Pero todas estas posibilidades se verán unas más alentadas y otras más desalentadas en la sociedad más próxima en la que se va a convivir. Así, por ejemplo, es más sencillo ser *mahu*⁶ en la Polinesia francesa que en España. Los *mahus* son una identidad prácticamente irreconocible en Europa y por ello muy difícil de activar en las relaciones sociales. Además, como señala Barker (2003, p. 277), “el hecho de que las identidades sean cuestiones de cultura y no de naturaleza no significa que podamos desechar sin más esas identidades étnicas o sexuales en las que nos ha insertado la aculturación y adoptar otras nuevas, pues, si bien las identidades son construcciones sociales, nos constituyen mediante las imposiciones del poder y las identificaciones de la psique”. Sin embargo, también hay que constatar que una de las características de nuestro tiempo es el aumento de modelos culturales que tenemos a nuestra disposición. En este sentido, cuanto mayores sean las posibilidades del individuo para “crear” su propia identidad, más rica y compleja será ésta. Dotarse de una identidad pasa a ser una tarea creativa que durará toda la vida; en el proceso, se perderán elementos de identidad importantes para un momento determinado, pero vacíos de contenido en momentos futuros; a la vez, se van incorporando nuevas facetas, nuevas posibilidades. Así, “la construcción de la identidad se ha trocado en experimentación imparable. Los experimentos nunca terminan. Usted prueba una identidad cada vez, pero muchas otras (que todavía no ha probado) esperan a la vuelta de la esquina para que las adquiera” (Bauman, p. 180-181). Pero seguimos viviendo en una sociedad de clases, en la que no todo el mundo tiene las mismas oportunidades, ya que se parte de circunstancias muy diferentes. Como nos recuerda Bauman (2005, p. 204) “la mayoría está excluida del festín planetario. No hay un ‘bazar multicultural’ para ellos”. No todo el mundo puede hacer al patchwork con las mismas facilidades. Para algunos “seleccionar los medios requeridos para lograr una identidad alternativa a la elección de uno ya no es un problema (siempre y cuando tenga el dinero suficiente para comprarse la consabida parafernalia)” (Bauman, 2005, p. 179), mientras que para otros, como veremos en el último apartado, su identidad o su cambio de identidad no es reconocida.

En el pachtwork a pesar del efecto mosaico hay una homogeneidad en la heterogeneidad, además los hilos ocultos a la vista le dan cohesión y firmeza. La identidad, como dijimos, está hecha a mano, artesanalmente, a

6 La antropología nos ha mostrado que no sólo están los géneros masculino y femenino, si no que existen otros géneros. Así, los *mahu* serían hombres cuyo comportamiento es femenino. Otro ejemplo son, en la India, los *hijras* que son hombres que se visten y actúan como mujeres.

pesar de los intentos de industrialización, yo diría de manipulación identitaria. A veces desde las instancias del poder nos dicen quién es un buen catalán o español en un intento de condicionar nuestra identidad y nuestra sentimentalidad (Medina y Rodrigo, 2005). Esta homogeneización identitaria intenta ocultar el patchwork.

El patchwork es una tela que tiene una determinada textura, un determinado texto en el que está inscrita mi historia, que es una historia que voy tejiendo, e incluso destejiendo, a lo largo de toda mi vida, hasta el último hilo. Como afirma Maalouf (1999: 35) “la identidad no se nos da de una vez por todas, sino que se va construyendo y transformando a lo largo de toda nuestra existencia”. Transformar significa que el patchwork nunca está totalmente finalizado ya que se pueden añadir nuevos pedazos. Sin embargo, hay que añadir que no se añaden de forma instantánea sino mediante un laborioso tejer. La construcción identitaria es un recoser permanente, pero todos los añadidos están entretejidos, aunque con mayor o menor consistencia. Aquí la casuística puede ser muy variada. Es posible que para añadir lo nuevo tenga que remplazarlo por otro fragmento o simplemente añadirlo a continuación. Hay fragmentos de mi identidad que están sobrehilados para que no se deshilachen, mientras que otros apenas están punteados y que serán fácilmente reemplazables. Por supuesto, este tejer y destejer no está al margen de las circunstancias, políticas, sociales, económicas y culturales del entorno. Un claro ejemplo de esto nos lo propone Maalouf (1999, p.22-23) cuando plantea una encuesta imaginaria sobre su identidad a un hombre de unos cincuenta y tantos años en Sarajevo: “Hacia 1980, ese hombre habría proclamado con orgullo y sin reservas: ‘¡Soy yugoslavo!’; preguntado un poco después, habría concretado que vivía en la República Federal de Bosnia-Herzegovina y que venía, por cierto, de una familia de tradición musulmana. Si lo hubiéramos vuelto a ver doce años después, en plena guerra, habría contestado de manera espontánea y enérgica: ‘¡Soy musulmán!’ Es posible que se hubiera dejado crecer la barba reglamentaria. Habría añadido enseguida que era bosnio, y no habría puesto buena cara si le hubiésemos recordado que no hacía mucho que afirmaba orgulloso que era yugoslavo. Hoy, preguntado en la calle, nos diría en primer lugar que es bosnio, y después musulmán; justo en ese momento iba a la mezquita, añade, y quiere decir también que su país forma parte de Europa y que espera que algún día se integre en la Unión Europea. ¿Cómo querrá definirse nuestro personaje cuando lo volvamos a ver en ese mismo sitio dentro de veinte años? ¿Cuál de sus pertenencias pondrá en primer lugar? ¿Será europeo, musulmán, bosnio...? ¿Otra cosa? ¿Balcánico tal vez?”.

Recordemos que el patchwork se confecciona a partir de fragmentos que me son dados; es decir, el conocimiento de nuevas realidades, nuevos modelos identitarios, o nuevas formas de vivir mi identidad son cambios que parten de lo social para ir concretándose en lo individual. Podríamos decir que la persona tiene a su abasto una serie de modelos identitarios

históricamente establecidos y socialmente connotados y que, al mismo tiempo, se van renovando. Lo que caracteriza la sociedad actual es la proliferación de modelos. Ténganse en cuenta los procesos de globalización y el papel de los medios audiovisuales (Baker, 2003) y digitales. Cada persona, a partir de modelos de identificación culturales que tenga a su alcance, irá construyendo su identidad cultural (Rodrigo, 2003a).

A veces este añadido al patchwork es un remiendo y en otras ocasiones la trama del nuevo tejido enlaza perfectamente con la ya existente. Cada uno, a partir de lo que incorpora a su patchwork, establece su diseño identitario. Es la gramática de la identidad.

Si aceptamos que la identidad es un proceso de reconstrucción dinámico, habrá que aceptar que también hay pérdidas identitarias. Al mismo tiempo que añado nuevos pedazos a mi patchwork, otros se pueden ir perdiendo. Evidentemente, se pueden perder de muchas formas diversas mediante desgarros, que pueden dar lugar a costurones, o simplemente porque con el tiempo, poco a poco, el fragmento se va desprendiendo.

La metáfora de la identidad como patchwork, tiene otros aspectos que no voy a explorar, por ejemplo el de las funciones o disfunciones de la identidad. Las identidades nos protegen, pero también nos pueden ahogar. Las necesitamos porque sin ellas nos sentimos desnudos, pero a veces son una carga difícil de sobrellevar.

El patchwork es la sintaxis y la semántica de nuestra identidad, vamos estableciendo nuestra identidad a partir de los retazos que vamos añadiendo. Implica la autoabscipción a determinados modelos identitarios. Sería la dimensión más personal/social de la identidad. Sin embargo, la identidad también tiene una dimensión social/pública.

4. Cuando el patchwork se convierte en password⁷.

«Leyendo *Los idus de marzo* encontré una frase siniestra que el autor atribuye a Julio César: *Es imposible no terminar siendo como los otros creen que uno es.*»
(García Márquez, 2004, p. 93).

La construcción identitaria tiene un importante aspecto pragmático. Más allá de la construcción sintáctica y semántica, la identidad se "con-forma" en la interacción con los otros. Es decir, es en las relaciones intersubjetivas donde las identidades adquieren su forma. Así podríamos apuntar que los cambios operados en los modelos de identidad femenina repercuten directamente en los

⁷ La idea inicial de la identidad como *password* se la debo a Juan Carlos Fernández Serrato, profesor de la Universidad de Sevilla, cuando, en una conversación informal, comentamos la idea de la identidad como *patchwork*.

modelos de identidad masculina, y en otros aspectos más generales de la cultura (Vázquez Medel, 1999).

Pero estas dinámicas identitarias (Revista CIDOB d'Afers Internacionals, 1998/1999) no siempre son fáciles y pacíficas. En ocasiones, ciertos conflictos propician repliegues identitarios. Cuando ciertos fragmentos de nuestro patchwork son criticados puedo ocultarlos o, por el contrario, mostrarlos orgullosamente como una reacción identitaria a un ataque a un aspecto de mi identidad, que incluso puede ser o podría ser secundario. Es decir, determinadas actitudes de los otros pueden reafirmar, por reacción, algunos aspectos de mi identidad. Como señala Maalouf (1999, p. 57) “el derecho a criticar al otro se gana, se merece. Si tratamos a alguien con hostilidad o desprecio, la menor observación que formulemos, esté justificada o no, le parecerá una agresión que lo empujará a resistir, a encerrarse en sí mismo, difícilmente a corregirse; y, a la inversa, si le demostramos amistad, simpatía y consideración, no solamente en las apariencias sino con una actitud sincera y sentida como tal, entonces es lícito criticar en él lo que estimamos criticable, y tenemos alguna posibilidad de que nos escuche”.

Recordemos que las identidades no sólo son un proceso de autoabscipción sino también un proceso de atribución por parte del otro. La identificación de mi identidad por el resto de las personas es lo que actualiza, social y públicamente, mi identidad. Este reconocimiento es imprescindible para que mi identidad tenga una dimensión pública. Esta identidad con-formada es con-firmada en las interacciones sociales. Esta identidad social y pública es la que me permitirá actuar en el ámbito de lo social. Para hacer valer esta identidad debo mostrarla, de alguna manera. Así la identidad patchwork se convierte en una identidad *password*. Los fragmentos visibles de nuestro patchwork, nuestras señas de identidad, nuestra firma, configuran nuestros *passwords*. El *password* implica la visibilidad de determinados aspectos del patchwork. Por ello si no se me permite la entrada en un lugar determinado debo utilizar otros *passwords*, mostrar otro fragmento. Se trata de justificar mi derecho a acceder.

De nuevo, en esta metáfora, utilizaré la terminología inglesa porque me parece más ilustrativa de la idea que pretendo transmitir. Seco, Andrés y Ramos (1999), en su *Diccionario del español actual*, definen *password*⁸ como «Clave de seguridad». El *Collins Cobuild English Language Dictionary* (1992) sigue la definición española: “Un *password* es una palabra o expresión secreta que se debe utilizar para poder acceder a un lugar en concreto”⁹. Pero la definición del *Collins Dictionary of the English Language* (1986) nos ofrece una doble acepción: “1. una palabra secreta,

8 A partir de aquí me permito seguir utilizando esta palabra sin cursivas.

9 «A *password* is a secret word or expression that you must say in order to be allowed into a particular place».

frase, etc. que otorgando una identidad, pertenencia a un grupo, etc. garantiza la admisión o aceptación a un lugar 2. una acción, característica, etc. que permite la admisión o aceptación”¹⁰.

Esta última definición me interesa más que las primeras, que son más restringidas. Veamos la primera acepción: la identidad, a pesar de las apariencias, es algo oculto. Uno puede presuponer una identidad ajena, aquí los estereotipos y las representaciones de las alteridades juegan un papel de creación de sentido muy importante (Rodrigo, 2003b). Pero cada vez podremos estar menos seguros de las identidades ajenas, porque los estereotipos permiten una creación de sentido rápida y fácil, pero incierta. Sólo es mediante la identificación efectiva, mediante el password, que se conoce la identidad del otro. Así al mostrar el pasaporte, el *passport*, que hace de password, quedamos realmente identificados como nacionales de un país.

La segunda acepción de la segunda definición inglesa todavía es más amplia. Nos remite a las características que permiten la integración en un colectivo determinado. A *sensu contrario* también podríamos plantear que la ausencia de esta característica da lugar a la exclusión del grupo. Téngase en cuenta que la identidad cultural puede ser tanto un mecanismo de inclusión como de exclusión (Rodrigo, 2003a), todo dependerá del password, de la característica demandada. ¿Qué es lo que se me exige para ser de este colectivo? ¿Qué palabra o símbolo es el necesario para ser aceptado? Las exigencias son cambiantes, aunque a veces, para algunos son imposibles de cumplir. Son los eternos extranjeros, son aquellos que tienen que estar permanentemente justificando su pertenencia. Imaginemos el siguiente diálogo de un norteamericano caucásico y otro con rasgos asiáticos:

“-¿De dónde eres?

- De los Estados Unidos.

- No, quiero decir, ¿dónde naciste?

- En los Estados Unidos.

- Sí, pero ¿de dónde son tus padres?

- De los Estados Unidos.

- ¿Los dos?

- Sí

- Ah, ¿y tus abuelos? ¿de qué país asiático vinieron?

- Todos nacieron en los Estados Unidos”

(Rodrigo, 2000, p. 62).

¹⁰ «1. a secret word, phrase, etc., that ensures admission or acceptance by proving identity, membership, etc. 2. an action, quality, etc., that gains admission or acceptance».

Dentro de algunas generaciones, un diálogo tan absurdo como a éste será posible en España, a menos que cambie nuestra autopercepción del patchwork de la identidad cultural española. Téngase en cuenta que la tan loada integración sólo será efectiva si se produce un cambio tanto de los que vienen de fuera como de la sociedad de recepción. Una España mestiza es integradora, la España de la limpieza de sangre tan solo puede excluir. España, a poco se analice, tiene una incuestionable historia mestiza, que se ha ocultado sistemáticamente. Pero, en la actualidad, el mestizaje cobra nuevas presencias. A partir de datos del Instituto Nacional de Estadística, el diario *El País* (2007, 17 de febrero, p.38) informa que el 17,6% de los recién nacidos en España, en el año 2005, tienen al menos uno de los progenitores extranjeros. En el año 1996 este porcentaje era del 4,54%. El mestizaje se me antoja imparable.

Como ya apuntamos anteriormente, el festival identitario que proporciona la posmodernidad no es igual para todo el mundo. La posibilidad de elección identitaria no está al alcance de todo el mundo. La estratificación social también se manifiesta en la construcción identitaria. «En un extremo de la jerarquía global emergente están los que pueden componer y descomponer sus identidades más o menos a voluntad, tirando del fondo de ofertas extraordinariamente grande de alcance planetario. El otro extremo está abarrotado por aquellos a los que se les ha vedado el acceso a la elección de identidad, gente a la que no se da ni voz ni voto para decidir sus preferencias y que, al final, cargan con el lastre de identidades que otros les imponen y obligan a acatar; identidades de las que se resienten pero de las que no se les permite despojarse y que no consiguen quitarse de encima. Identidades que estereotipan, que humillan, que deshumanizan, que estigmatizan...» (Bauman, 2005, p. 86-87). Como nos recuerda Bauman (2005, p. 87) “la mayoría de nosotros estamos desairadamente en suspenso entre estos dos extremos...”. Pero también hay el extremo del espacio inferior: “En este espacio cae (o, más correctamente, se empuja a) la gente a la que se niega el derecho a reivindicar una identidad distinta de una clasificación imputada e impuesta, la gente cuya demanda no se admitirá y cuyas protestas no serán escuchadas ni siquiera aunque soliciten la anulación del veredicto” (Bauman, 2005, p.89). Sería el caso de “los ilegales”, “los sin papeles”, los nuevos esclavos del siglo XXI. “El significado de ‘identidad de clase inferior’ es ausencia de identidad; la desfiguración hasta la anulación de la individualidad, de la ‘cara’ (...) se le arroja fuera del espacio social, donde se buscan, eligen, construyen, evalúan, confirman o refutan las identidades” (Bauman, 2005, p.90). En medio de los dos extremos hay una gran variedad de situaciones. Pero para algunos conseguir el password es mucho más difícil que para otros. Para estos el peligro de expulsión siempre está latente. Como comentaba un joven francés de 23 años: “Tengo la nacionalidad francesa, pero Francia me trata como a un extranjero y al otro lado de la frontera, en África, sólo

soy un turista. Ay, hermano, yo no sé de dónde soy.” (*El País*, 2005, 13 de noviembre, p. 5). ¿Por qué deben ocultar determinados aspectos de su patchwork para que su password sea válido? (El Hachmi, 2004). Una forma de arrostrar las coerciones identitarias (Rodrigo y Medina, 2006) de los passwords excluyentes es concebir la identidad como patchwork. Las identidades nacionales excluyentes pueden convertirse en un obstáculo en los tiempos actuales. Dos ejemplos serán suficientes para ponerlo de manifiesto. Maalouf (1999, p. 11) en la primeras palabras de su obra señala: “Desde que dejé Líbano en 1976 para instalarme en Francia, cuántas veces me habrán preguntado, con la mejor intención del mundo, si me siento ‘más francés’ o ‘más libanés’. Y mi respuesta es siempre la misma: ‘¡Las dos cosas!’ Y no porque quiera ser equilibrado o equitativo, sino porque mentiría si dijera otra cosa. Lo que hace que yo sea yo, y no otro, es ese estar en las lindes de dos países, de dos o tres idiomas, de varias tradiciones culturales. Es eso justamente lo que define mi identidad. ¿Sería acaso más sincero si amputara de mí una parte de lo que soy?”. Por su parte Bauman (2005, p. 27-29) empieza su libro con una anécdota personal. El autor nos recuerda que en una universidad checa es costumbre que se interprete el himno nacional de la persona que va a ser investida doctor *honoris causa*. El problema que se planteó en su investidura es que le pidieron que eligiera entre el himno británico (su país de acogida) y el himno polaco (su país de nacimiento), pero Bauman no queriendo excluir ninguna de sus pertenencias pidió finalmente que se tocara el himno europeo. ¿Hasta qué punto estas identidades liminares son, más que la excepción, la norma?

Aquí podríamos introducir la idea de la identidad colectiva/cultural (Rodrigo, 2003a) como un patchwork imaginario del que los individuos concretos comparten más o menos fragmentos. Podríamos pensar que el sentido de identificación o de pertenencia se da cuando se tienen suficientes fragmentos del ideal. Esto nos plantea algunos problemas que sólo apuntaré. Un problema es cuando se me obliga a deshacerme de una parte de mi patchwork para ser aceptado. ¿Puede España tener un presidente de gobierno homosexual, musulmán, catalán o dentista? Si al leer esta pregunta alguien se ha preguntado: ¿dentista, por qué no? Ya ha puesto de manifiesto este primer problema. Otro problema es ¿cuántos fragmentos son suficientes para sentirme identificado con una identidad cultural? y ¿cuántos fragmentos son suficientes para que los otros me identifiquen como participante de esta identidad cultural? ¿cuál es el password correcto para poder acceder al colectivo? No siempre es fácil acceder al santo y seña, a la contraseña idónea. Recordemos, como ya hemos apuntado antes, que hay personas que parece que nunca tienen los patchwork-passwords adecuados, y siempre son considerados como los otros. Este podría ser el caso de los gitanos, en España, o de los judíos. De esta forma, estos grupos se convierten en extranjeros en su propia patria. Como apunta Bauman los

judíos eran culturalmente indistinguibles y socialmente invisibles, por ello la política segregacionista nazi les obligó a llevar visible el patchwork-password de la estrella de David (Bauman, 1998, p. 78). Obligar a visibilizar la identidad para segregar es un atentado contra nuestra identidad. Pero, ¿qué sucede cuando un colectivo quiere visibilizar voluntariamente parte de su patchwork? Es conocida la polémica que en Francia ha producido la prohibición que las chicas musulmanas lleven velo en las escuelas. En este tema albergo dudas sobre si la solución es la prohibición.

Conclusiones

«...ya no hay lectores inocentes. Ante un texto, cada uno aplica su propia perversidad. Un lector es lo que antes ha leído, más el cine y la televisión que ha visto. A la información que le proporcione el autor, siempre añadirá la suya propia. Y ahí está el peligro...» (Pérez-Reverte, 1993, p. 457).

Volviendo a la visibilización del vestir, en el mundo de la moda se utiliza el término patchwork para las prendas, no necesariamente colchas, hechas de fragmentos. Qué duda cabe que las prendas son un sistema identificante o significante de una identidad aparente. Así la forma de ir vestido funciona como un password para acceder a ciertos lugares. Pero un password no es un *pass-partout*, un mismo password no sirve para ser aceptado de todos los colectivos. Si aceptamos la concepción plural de la identidad, deberemos reconocer que en las sociedades complejas necesitamos distintos passwords para poder entrar en distintos lugares, así hay que ser identificado como un hombre para entrar en los urinarios públicos masculinos, es necesario identificarse como joven para obtener determinados descuentos, hay que acreditar ser español para poder acceder a la función pública o tener el password europeo adecuado para poder circular por la Unión Europea sin *passport*. También es posible que sean necesarios distintos passwords sucesivos para poder acceder un mismo programa social. ¿Cuáles son las identidades aceptables o inaceptables para ser presidente del gobierno español?

Para finalizar quisiera decir que, en mi opinión, los procesos de interculturalidad o interculturalización que vivimos propician el pensar la identidad como un patchwork. Quizás mi texto está un poco deshilvanado y, con la metáfora propuesta, no he podido hilar muy fino. Estoy convencido que este artículo tiene muchos flecos, pero supongo que es lo propio al tratarse de un patchwork. De todas formas, cada uno de los lectores debe decidir el valor heurístico y hermenéutico de la propuesta. Si le sirve para activar su imaginación y para concebir y explicar mejor el complejo

fenómeno de la identidad considero que habré alcanzado mi objetivo. Si no es así, simplemente tírela a la papelera del olvido, y perdón por la metáfora.

Referencias bibliográficas

- Baker, C. (2003). *Televisión, globalización e identidades culturales*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (1998). *Modernidad y Holocausto*. Toledo: Sequitur.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Madrid: Losada.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós.
- Castells, M. (1998). *La era de la información. Sociedad, Economía y Cultura. Vol.2 El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- Collins (1986). *Collins Dictionary of the English Language*. Londres: Collins.
- Collins Cobuild (1992). *Collins Cobuild English Language Dictionary*. Londres: Harper Collins.
- El Hachmi, N. (2004). *Jo també sóc catalana*. Barcelona: Columna.
- Fitzgerald, T. K. (1993). *Metaphors of Identity. A Culture-Communication Dialogue*. Albany (New York): State University of New York Press.
- Fontana, J. (2005). *La construcció de la identitat*. Barcelona: Editorial Base.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- García Márquez, G. (2004). *Memorias de mis putas tristes*. Barcelona: Mondadori.
- Garés, J. (1977). *Fals sense mà (poemes de presó)*. València: Eliseu Climent.
- Hofstede, G. (1999). *Culturas y organizaciones. El software mental. La cooperación internacional y su importancia para la supervivencia*. Madrid: Alianza.
- Kraus, W. (2000). *Making Identities Talk. On Qualitative Methods in a Longitudinal Study. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research (1,2)*. [publicación en línea]. Disponible desde Internet en: <<http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/2-00/2-00kraus-e.htm>> [con acceso el 20 -12-2008].
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1991). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Maalouf, A. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Medina, P. y Rodrigo, M. (2005). *Las emociones como barreras y accesos a la diversidad cultural. Redes.Com. Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación, 2, 19-28*.
- Morin, E. (2004). *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral.
- Pérez-Reverte, A. (1993). *El club Dumas*. Madrid: Alfaguara.

- Revista CIDOB d'Afers Internacionals (1998/1999): Dinámicas identitarias/ Dynamiques identitaires. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 43-44, diciembre-enero. También disponible desde Internet en: http://www.cidob.org/es/publicaciones/revistas/revista_cidob_d_afers_internacionals/nun_43_44_dinamicas_identitarias [con acceso el 20-12-2008].
- Rodrigo Alsina, M. (1999). *La comunicación intercultural*. Rubí (Barcelona): Anthropos.
- Rodrigo Alsina, M. (2000). *Identitats i comunicació intercultural*. Valencia: Edicions 3 i 4.
- Rodrigo Alsina, M. (2003a): Identidad cultural y etnocentrismo: una mirada desde Catalunya. En V. Sampedro y M. Llera (Eds.), *Interculturalidad: interpretar, gestionar y comunicar* (pp.197-221). Barcelona: Edicions Bellaterra. También disponible desde Internet en: <http://www.aloj.us.es/gicomcult/portada/37tx/3.htm> [con acceso el 20-12-2008].
- Rodrigo Alsina, M. (2003b). Inmigración y comunicación. En F.R. Contreras, R. González Galiana, y F. Sierra Caballero (coords.), *Comunicación, cultura y migración*. (pp.163-181). Sevilla: Junta de Andalucía.
- Rodrigo, M. y Medina, P. (2006). Posmodernidad y crisis de identidad. *Revista Científica de Información y Comunicación*, 3, 125-146.
- Seco, M., Andrés. O. y Ramos, G. (1999). *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar.
- Schalück, H. (2000). La OFS ante los desafíos del 2000. *LISTA C I O F S* Consejo Internacional de la OFS (6, 32). [publicación en línea]. Disponible desde Internet en: <http://www.ciofs.org/per/2000/lcaOes32.htm>.> [con acceso el 20-12-2008].
- Silva Echeto, V. M. (2003). *Comunicación e información (inter)cultural. La construcción de las identidades, la diferencia y el multiculturalismo*. Sevilla: Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo.
- Toulmin, S. (2001). *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*. Barcelona: Península.
- Vázquez Medel, M. Á. (1999). *Mujer, Ecología y Comunicación*. Sevilla: Mergablum.
- Vázquez Medel, M. Á. (2001). Identidad Cultural, multiculturalismo y cambio social. Disponible desde Internet en: <http://www.cica.es/aliens/gittcus/identidad.html> [con acceso el 20-12-2008].
- Vázquez Medel, M. Á. (2003). Bases para una teoría del Emplazamiento. En M. Á. Vázquez Medel et. al. (Eds.), *Teoría del Emplazamiento: aplicaciones e implicaciones* (pp. 21-40). Sevilla: Alfar.
- Vidal, G. (2005). *Creación*. Madrid: Diario El País.